AÑO I. SEVILLA 31 DE MAYO DE 1899 NÚM. 5.

BOLETÍN
DE LA
Real Academia Sevillana
DE BUENAS LETRAS

SUMARIO: Discurso del *Sr. D. José M.ª Asensio y Toledo*, director de la Academia, en contestación al del Sr. Bermúdez de Cañas. (Conclusión).—Prólogo del libro intitulado *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas*, recogidas de la tradición general, concordadas con las de algunos países románicos y anotadas, por *Francisco Rodríguez Marín*.—Micer Francisco Imperial, (apuntes bio-bibliográficos) por *Manuel Chaves*.

EDITOR
D. MANUEL AZNAR Y GÓMEZ

SEVILLA
Imp. del BOLETÍN DE LA REAL A. SEVILLANA DE BUENAS LETRAS
1899

OBRAS DE FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

(El Bachiller Francisco de Osuna)

Suspiros: poesías líricas. 1875. Un tomo.

Auroras y nubes: nuevas poesías. 1878. Un tomo.

Entre dos luces: artículos joco-serios y poesías agri-dulces (2.ª edición). 1879. Un tomo.

Basta de abusos: el pósito del Dr. Navarro, su fundación y su estado actual. 1880. Folleto.

Cinco cuentezuelos populares andaluces. 1880. Folleto.

El gobernador de Sevilla y "El Alabardero," proceso de un funcionario público. (En colaboración con D. Mariano Casós). 1881. Un tomo.

Tanto tienes, tanto vales: comedia en un acto y en verso (2.ª edición). 1882.

Juan del Pueblo: historia amorosa popular. 1882. Folleto.

Historias vulgares: narraciones en prosa. 1882. Un tomo.

Cantos populares españoles: 1882-83. Cinco tomos.

Cien refranes andaluces de meteorología, cronología, agricultura y economía rural: 1883. Folleto. (2.ª edición, anotada. 1894).

Quinientas comparaciones populares andaluzas. 1884. Folleto.

El Cantar de los Cantares, de Salomón, traducido directa y casi literalmente del hebreo en verso castellano. 1885. Folleto.

De académica cœcitate: reparos al nuevo *Diccionario* de la Academia Española (2.ª edición). 1887. Folleto.

Apuntes y documentos para la historia de Osuna (1.ª serie). 1889. Un tomo.

Ilusiones y recuerdos: poesías. (En colaboracion con D. José M.ª López y López). 1891. Un tomo.

Nueva premática del Tiempo: fruslería literaria. 1891. Folleto. (2.ª edición, 1895).

Flores y frutos: poesías. 1891. Un tomo.

Sonetos y sonetillos: 1893. Un tomo.

De rebusco: sonetos. 1894. Un tomo.

Ciento y un sonetos, precedidos de una carta autógrafa de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. 1895. Un tomo.

Discurso de recepción leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. (Trata de los Refranes en general, y en particular de los españoles). 1895.

Madrigales. 1896. Folleto.

Los refranes del Almanaque: explicados y concordados con los de varios países románicos. 1896. Un tomo.

Flores de poetas ilustres de España, colegidas por Pedro Espinosa (1605) y don Juan Antonio Calderón (1611), anotadas: terminación del trabajo comenzado por el Dr. D. Juan Quirós de los Ríos. 1896. Dos tomos.

Una poesía de Pedro Espinosa, con introducción y notas. 1896. Folleto.

Comentarios en verso, escritos en 1595 para un libro que se había de publicar en 1896.—1897. Folleto.

Discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, contestando al de recepción del Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. 1897

Fruslerías anecdóticas. 1898. Un tomo.

BOLETÍN
DE LA
Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Año I	Miércoles 31 de Mayo de 1899	Núm. 5

DISCURSO

DEL SEÑOR D. JOSÉ M. ASENSIO Y TOLEDO, DIRECTOR DE LA ACADEMIA, EN CONTESTACIÓN AL DEL SR. BERMÚDEZ DE CAÑAS.

(Conclusión)

Desde Constantino hasta los principios del siglo IX, la idea cristiana, que salió triunfante de las persecuciones, trabajó por la propagación de su dogma en todos los ámbitos del mundo, y para reorganizar la sociedad bajo los preceptos de su austera moral, en las nuevas monarquías nacidas á su sombra, igualando los derechos, enalteciendo á la mujer, é infiltrando en las instituciones el espíritu de caridad y en las costumbres el espíritu de humildad, que son bases de su doctrina. Sojuzgada la fuerza material por la fuerza de las ideas, cimentada y extendida la creencia en la doctrina de Jesús, aceptada por todas partes, entra, á pesar de sus triunfos, en otro período de lucha, más doloroso, más terrible para la Fe que el de las mayores persecuciones: las herejías. Pero si detuvieron la marcha majestuosa de la obra civilizadora del Cristianismo, retardando su propio progreso, contribuyeron, por otra parte, á mantener vivo el ardor, estimulando los estudios, animando los espíritus con la controversia, y ayudaron á la propagación de la Fe Cristiana. Los heresiarcas disentían de la Iglesia en puntos esenciales de doctri-

na, siempre con el intento ó el pretexto de buscar la más perfecta inteligencia de ella; y pelagianos, maniqueos, nestorianos, arrianos y tantos otros trataban de la Trinidad, de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, de la consustancialidad de las Divinas Personas, del libre albedrío y de las más abstractas cuestiones del dogma, pretendiendo la mejor inteligencia; pero con sus delirios daban lugar á que se ocupase la atención de los Santos Padres, á que se reunieran concilios, á que los más profundos teólogos escribieran brillantísimas impugnaciones y apologías. En aquellas contiendas se purificaba el espíritu cristiano, cobraba vigor y salía con nuevas fuerzas para continuar su misión civilizadora. ¿Quién podrá creer, exclama un célebre historiador contemporáneo (1), que hasta las mismas herejías sirvieron á la causa de la civilización y propagaron la idea cristiana?

Los maniqueos penetraron en la India, en el Thíbet y hasta en la China... y los nestorianos fundaron en Edesa la primera universidad cristiana. Muchos de los pueblos bárbaros, al caer sobre las provincias del Imperio, fueron conquistados por la herejía de Arrio; pero esto les sirvió de preparación para entrar á su tiempo con mayor facilidad en la plenitud de la idea católica, como aconteció á los godos en España.

La marcha providencial de la humanidad nunca se comprende mejor, ni está más clara, que en el momento histórico de la predicación de Jesucristo, y en los que le siguen. Roma, fabricando cadenas para todos los pueblos, asimilándose todos los dioses de los vencidos, reuniendo á las naciones más diferentes por la igualdad de derechos de la ciudad, ignoraba el profundo concepto de la misión que venía desempeñando. En el momento en que la doctrina del Evangelio fué conocida, la unidad romana era innecesaria, había llenado su objeto, y para que el Cristianismo se hiciera religión universal, las naciones bárbaras rompieron, como por encanto, aquella unidad, crearon las nuevas nacionalidades, pero llevando ya entre sus nuevos elementos, como hemos dicho, la idea civilizadora de la unidad de Dios y de la unidad del linaje humano.

(1) César Cantú.

Solamente en un rasgo carasterístico y trascendental puede retratarse la influencia del Catolicismo en la edad media, y la gran fuerza de aquel lazo moral que la Religión había establecido entre las naciones. Nunca faltaron entre éstos disensiones y guerras. La ambición, las emulaciones, los intereses encontrados, la rivalidad política, y hasta el deseo de engrandecimiento y conquista, mantuvieron á los pueblos en perpetuo estado de perturbación, y momentos hubo en que la historia de la humanidad pudo trazarse imaginando un extenso campo de batalla. Y en medio de aquella confusión, dominando el caos de las pasiones encontradas, sobre los odios y la ambición y la soberbia, se alzaba un poder nivelador, un juez imparcial y supremo, cuya fuerza descansaba en la idea religiosa, cuyo imperio se había ido formando en el terreno moral, y extendiéndose llegó á ostentar carácter de universalidad. Este poder fué el Pontificado. Su influencia simboliza la fuerza moral de la religión Católica. La voz de Gregorios y de Inocencios fué más respetada y poderosa que la de los Césares. La unidad católica se ostentó y se conservó más robusta que la de los imperios cimentados en la fuerza. La identidad moral y religiosa, en medio de la mayor variedad de instituciones políticas, fué la obra del Catolicismo, y constituyó el gran triunfo del Pontificado.

Al llegar á su mayor esplendor el poder espiritual, era consecuencia forzosa que sus efectos se hicieran sentir en el desarrollo del poder temporal y los recelos del Imperio comenzaron á hacer temer una nueva era de perturbaciones. La raza germánica nunca ha perdido el carácter de individualidad que la distinguía en sus orígenes, y en todas sus manifestaciones resistía la tendencia de unidad católica. En el tiempo mismo del pontificado de Gregorio VII ya Sigeberto de Gembloux se puso al lado de Enrique IV, haciéndose eco de aquella resistencia de raza, presintiendo y anticipando la lucha entre el Pontificado y los poderes políticos; lucha que vino agitándose por espacio de tres siglos, á veces sorda, con frecuencia desembozada y violenta, y que al cabo estalló con gran fuerza en la Reforma, revolución al par política y religiosa, cuyos efectos perturbaron el Catolicismo y la sociedad. La Reforma rompió la unidad católica; fué la aspiración al establecimiento de la individualidad;

pero al proclamar el libre examen llegó mucho más allá de lo que podían esperan sus adeptos, quebrantó el principio de autoridad, base de ambas sociedades, dando principio á la era de las revoluciones que todavía dividen á los hombres y á los pueblos.

¿Cabe en los límites de este trabajo el estudio de los antecedentes, desarrollo y vicisitudes de la Reforma? Bien se comprenderá que no es posible encerrar de modo alguno en pequeño cuadro los grandes problemas que entraña el movimiento, ni menos bosquejar, aunque fuera muy de pasada, figuras de la magnitud é importancia de los Gregorios, Alejandros é Inocencios; doctrinas de la transcendencia de las que expusieron audazmente Lutero y sus secuaces. Tal y tan difícil apreciación no cabe en este discurso; para completar en lo posible este trabajo, apenas si nos queda espacio para exponer las principales teorías que, nacidas á la sombra de la Reforma, modificando aunque robusteciendo las teorías materialistas, dificultan hoy el progreso y se oponen á la filosofía cristiana.

¿Qué somos? ¿Adónde vamos? ¿Cuál es nuestra naturaleza? ¿Cómo se formó el universo? ¿Qué edad cuenta nuestro planeta? ¿Cuál es la antigüedad de la especie humana? Estas cuestiones vuelven á ser objeto de estudio y meditación en la evolución filosófica que empezó con la Reforma y aún continúa en los sistemas contemporáneos. É interrogando á la naturaleza del hombre, á la conformación del mundo, al orden admirable del universo, procuran los modernos robustecer antiguas cuanto desacreditadas teorías y sacar de ellas argumentos, revestidos con grandes apariencias científicas, apoyados en observaciones y experimentos cuyos resultados se exageran tanto como se desnaturalizan, para traer muchos razonamientos que oponer á la Fe católica y á la filosofía de Jesús.

Procede el hombre de animales de rango inferior que se han ido perfeccionando sucesivamente. Nada hay en él que no encuentre explicación clarísima en su constitución física; el transformismo, hablando de geología orgánica, de evolución sucesiva, pretende, con el apoyo de las vigorosas inteligencias de Lamarck, de Büchner y de Darwin, demostrar que el hombre es un animal perfeccionado por continuas metamórfosis orgáni-

cas. Büchner (1) llega á admitir y afirmar no solamente el origen animal del hombre, sino hasta su procedencia simiana; pero como á su clara inteligencia no podía ocultarse que faltan muchos eslabones en la cadena, que entre el hombre más embrutecido y el más listo y educado de los monos media un abismo inmensurable, acude á la hipótesis de que deberemos suponer un progenitor antediluviano, que ha perecido del todo, que no conocemos, y que ocuparía los términos medios entre el tipo humano y el orangután.

Esta hipótesis del célebre autor de *El Hombre según la Ciencia*, y de *Fuerza y Materia*, es la más clara demostración de la falsedad del sistema, si no bastaran á demostrarla con entera evidencia otras muchas razones que la Religión, la Psicología y todas las ciencias oponen á tan descabellada teoría, resucitada únicamente en odio á la verdad cristiana. Pero ni aun este error es nuevo; no es imaginado por los que hoy se denominan grandes filósofos. Sus principales fundamentos se descubren en la antiquísima creencia de la metempsicosis, en que las almas iban mejorando de morada animal; y con mayor seguridad en la doctrina de Empédocles, que nos ha conservado Plutarco en algunos fragmentos, que, á pesar de ser harto significativos, no podemos juzgar en su conjunto, por no haberse conservado las obras del filósofo. Otro antecesor tuvieron también los transformistas en Benito de Maillet; y, por cierto, no desdeñan su enseñanza, ni deja de conocerse la influencia de sus opiniones en las científicas elaboraciones de Darwin (2). Creyó aquel filósofo que los peces eran los verdaderos antecesores del pájaro, y explicaba la transformación de una manera bastante parecida á la que el moderno filósofo inglés emplea para decirnos que el hombre procede de un cuadrumano, que á su vez, aunque nos es desconocido, debió proceder de un marsupial degenerado de otro anfibio. Y aquí encontramos ya el lazo que une á entrambos pensadores.

No podemos ir más lejos en este terreno; para nosotros, los sabios que, extraviados por el afán de negar la existencia del

(1) *L'Homme selon l'Science*, par Mr. Louis Büchner.
(2) *Descendence de l'Homme.*

espíritu, del soplo divino, llegan á creer en la evolución, la selección y el transformismo, aplicando las fuerzas de su entendimiento á la demostración de tales sistemas, solamente son comparables en su error á aquellos otros delirantes que suprimieron la Divinidad para dar culto á la diosa Razón, ó á los que, negándose á creer en Dios, escuchan sobrecogidos la respuesta que el espíritu evocado en una mesa ofrece á sus dudas y cavilaciones. Tan sólo por medio de la filosofía cristiana se explica sencillamente y sin contradicciones el admirable conjunto del hombre, percibiéndose en dos ideas tan claras como son la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma; el uno, *ex limo terræ*; la otra, de esencia superior, inmutable, divina.

Desde la tierra donde fuímos formados, desde las opiniones de los que piensan reducirnos á individualidades que, por grados sucesivos y evoluciones orgánicas, hemos subido un tanto en la escala zoológica, tenemos que remontarnos al espacio, ya que nuestro espíritu nos lo permite, y hemos de procurar conocer la naturaleza de los astros, y llamar á juicio, para que demuestren la verdad de la doctrina cristiana, á esas brillantes y esplendorosas estrellas que pueblan en una hermosa noche el firmamento sin límites que se extiende sobre nuestras cabezas, deslumbra nuestra vista y abisma nuestra inteligencia.

La Astronomía nos ofrece hoy como verdad indiscutible la magnitud de todos esos luminares que giran en sus órbitas eternas á muchos millones de leguas de nosotros, que son mucho más brillantes que el sol que nos envía luz, vida y calor, y patentizan la omnipotencia del Creador. Pero Dios no creó nada inútil; en la obra de la Creación todo es perfecto, y rigorosamente lógico como necesario; no es posible á la soberbia del hombre imaginar siquiera que los astros y los cuerpos opacos que en sus movimientos los acompañan fueron puestos por Dios en el espacio para recrear la vista, cuando vemos en este reducido planeta que habitamos que nada de lo creado deja de tener un objeto, algún fin especial. La pluralidad de mundos habitados es idea tan antigua, que según su más reciente expositor, Camilo Flammarión, se encuentran vestigios y nociones de ella en los antiguos libros de los Vedas, en los ritos egipcios y en las memorias de los Caldeos.

Las escuelas griegas, señaladamente la jónica y la de Elea, admitieron y enseñaron como hipotética esta creencia, que los pitagóricos debieron admitir sin limitaciones; porque, en verdad, estudiando el orden admirable del universo, conociendo las leyes de atracción y de gravedad que mantienen dentro de sus órbitas á todos las cuerpos creados, y al notar que por iguales causas debemos obtener los mismos efectos, la facultad y la costumbre de generalizar nos llevan por una pendiente segura á suponer la habitabilidad de esos otros cuerpos semejantes á la tierra, que giran con curso regular y periódico alrededor de focos luminosos más activos que nuestro sol y que de ellos deben recibir ciertamente en períodos fijos sombras y luz, con mucha probabilidad el calor y con él el principio de la vida. Pero esta científica hipótesis es predicado de muchas y graves cuestiones, profundas, trascendentales y que no pueden tener solución en el estado actual de los medios de observación, ni sabemos si podrán tenerla nunca.

¿Son habitables esos mundos que vemos? ¿Á qué especie podrán pertenecer los seres que los pueblen, en el caso de estar poblados? ¿Tendrán alguna analogía con el hombre, ó con los animales de diferentes géneros que viven en nuestro globo? Si no tienen, ¿cuáles podrán ser sus condiciones, cuál su vida, cuáles sus medios de acción, su forma, su inteligencia y el desarrollo de su actividad? Basta indicarlas para comprender que es imposible dar respuesta á éstas y á otras muchas preguntas de igual índole. En esta cuestión cabe una buena parte de gloria á nuestra patria. Un célebre filósofo español, Raimundo Sabunde, en su obra de *Teología Natural*, expuso la teoría de otros mundos habitados, de la existencia de otras criaturas en los planetas que pueblan el espacio; y el no menos célebre cardenal de Cusa, á cuya sabiduría rinde el debido tributo de alabanza el mismo Flammarión, la apoyó en argumentos de razón, y en razónes teológicas que no desdeñan las ideas modernas.

Á nuestro propósito sólo importa dejar consignadas dos conclusiones. Que el estudio de la ciencia astronómica bajo estos aspectos en nada contradice, ni puede ser argumento en contra de la Fe cristiana, que reconoce, proclama y se funda en el conocimiento de un Dios único; creador, omnipotente, cuyas

obras no podemos comprender ni juzgar, y cuya grandeza cantarían con mayor elocuencia todas esas maravillas que se descubren en la creación. Que la Iglesia Católica nunca se ha opuesto al estudio y discusión de esas hipótesis, que nada encuentra en ellas contrario á los dogmas de la Religión, y si alguno de sus sostenedores ha sufrido castigo, como Jordano Bruno, otras fueron las causas de su condenación, y no la de haber sostenido la pluralidad de mundos.

Ann más lejos llevamos nuestra conclusión. Encontramos más lógica, de más fácil demostración y más admisible la teoría de la pluralidad de mundos habitados dentro de la filosofía cristiana, que en la filosofía materialista. La creación, hecha por la voluntad de un Sér infinito, omnipotente, omnisciente, ha de ser lógica, razonable en todo, ordenada y metódica en todas sus partes, como producto de una inteligencia superior para la que no existen límites ni obstáculos. Nuestra razón, débil destello, pálido reflejo de la Inteligencia creadora, puede reconocer el orden y aplicarlo á todas las manifestaciones de lo creado... Pero si la materia flotando en moléculas, en átomos revueltos é informes, comenzó á moverse por fuerzas inconscientes, si produjo calor por la casualidad y la frotación, y se reunió en grupos inorgánicos, que, sin orden ni concierto movidos, dieron por resultado la formación del mundo, ¿quién será osado á suponer, á investigar siquiera, las razones á que obedeció el ciego acaso? Lo que fuera obra de la casualidad no podría juzgarse por reglas fijas como lo que nace de una inteligencia suprema; no puede exigirse rigor lógico ni juzgarse por analogías meditadas el producto del choque casual de la incoherencia y del caos.

La filosofía cristiana puede discutir é investigar la existencia de otros mundos iguales ó semejantes al que habitamos, hijos como éste de la Omnipotencia divina. La Iglesia no la admite ni la rechaza, reservándose juzgar á tiempo el resultado final de tan graves estudios. La ciencia, en últimas consecuencias, vendrá á ser confirmación de la verdad del Cristianismo (1).

(1) D. Niceto A. Perujo, *La Pluralidad de mundos habitados, ante la Fé Católica*.—Madrid.—Gaspar.—1877.

En esfera muchó más amplia, formando completo sistema filosófico, el positivismo, nueva y última forma de la idea materialista, sometiendo cuanto puede saber la humanidad al resultado de la observación, al producto de la experiencia, trae nuevos argumentos para dejar establecido como verdad inconcusa el antiguo axioma de que nada hay en la inteligencia del hombre que no haya penetrado por los sentidos. No niega este sistema la existencia de Dios; pero le niega los atributos. Para Herbert Spencer, el más profundo y el más elocuente, al mismo tiempo, de los filósofos positivistas, Dios es lo absoluto, lo infinito, lo incognoscible: no podemos saber su esencia, ni penetrar en su Sér, ni saber nada, absolutamente nada, de los medios de que dispone, de su manera de obrar en la materia. Es incognoscible, y, por lo tanto, al Dios de los positivistas, llamémoslo causa esencial, primer principio, creador ó hacedor Supremo, deberemos dejarle á un lado, porque nada tiene que ver con nosotros, ni influye para nada en los destinos de la humanidad.

¿Ni qué puede tener de común con Dios, que no lo ha creado, este producto de la materia inorgánica que llamamos hombre? Tampoco niega el positivismo la existencia del espíritu; no deja de estudiar la sucesión y desarrollo de los fenómenos psicológicos, pero su espíritu y su psicología son puramente hijos de la materia. El sér humano piensa y discurre y razona, deduce, generaliza y adivina por una consecuencia lógica indeclinable de su conformación orgánica, de la colocación de sus sentidos, de la formación de su cerebro. Este órgano produce ideas como producen saliva las glándulas de la garganta, como da bílis el hígado, por una función física, puramente animal. Al completarse el organismo del hombre, el cerebro entra en funciones; lo que perciben los sentidos despierta y pone en movimiento todas las ruedas, y van naciendo el entendimiento, la memoria y la imaginación, como dan las horas en un reloj cuyo mecanismo se ha puesto en juego. Para nada se necesita en el positivismo del espíritu, como superior y de naturaleza distinta de la materia; basta con que la materia se organice en una forma para que produzca los efectos de la racionalidad. Y al estudio de esto, que nosotros no sabríamos cómo llamar, se le llama

Psicología por Spencer y sus discípulos, cuando más bien debería llamársele Zoología ú otra rama cualquiera de las ciencias naturales; pues, á no dudar, de la misma manera puede estudiar el positivista las funciones del cerebro humano que las de formación de una fruta por la extensión de la savia de un vegetal.

No creemos pueda dudarse la razón con que nuestro docto compatriota D. Antonio M. Fabié asienta, en su notable *Examen del Materialismo* moderno, «que desde el punto en que se afirma que el fenómeno psíquico fundamental es un simple movimiento, confiésese ó niéguese, se profesa un materialismo radical.» En sus últimas consecuencias este sistema nos lleva á las categorías de evolución orgánica en que se basan las teorías de Lamarck y de Darwin, y se refutan con los mismos argumentos, pues en su concepto final son tan defectuosas como todas las que estudian al hombre bajo uno solo de sus aspectos, negando ó despreciando el otro.

Estos sistemas, y las consecuencias que de ellos se desprenden, son los argumentos que la ciencia moderna en su evolución contemporánea opone á la Fe de Jesucristo. Ora estudiando la antigüedad del mundo, ora la unidad de la especie humana; buscando los antepasados ó sean abuelos de Adán, investigando la naturaleza de los astros, y por cuantos medios sugiere el ingenio, procuran los modernos filósofos sentar otras teorías frente á las teorías cristianas. Son, con distintas formas y valiéndose de diferentes medios, las antiguas herejías oponiéndose á las verdades eternas. No es esto desconocer la inmensa importancia de la evolución científica que se desarrolla en nuestro tiempo; no es disminuir siquiera la importancia de la filosofía positivista, ni negar los grandes, los innegables progresos y adelantos que la observación y el estudio de la naturaleza han traído á todos los ramos del saber. Es que en distinta esfera, vemos en la mayor parte de las afirmaciones de las escuelas modernas los frutos de las semillas que lanzó al aire del libre examen la Reforma; las consideramos tan hijas de aquella revolución, tan ligadas con su espíritu, formando con ella tal conjunto, que bien podríamos consignarlas plásticamente en un lienzo semejante al de Kaulback, aunque más exacto y verdadero, en que Kant, Schelling, Hegel, Bain, Darwin, Herbert Spencer, Dra-

per, Flammarión, y cuantos filósofos y naturalistas han seguido sus huellas, se representaran sosteniendo las estatuas de Lutero y Calvino, siendo fecundadas sus obras por la savia que brotará de los labios de los atrevidos reformadores. La lucha hace tres siglos comenzada llega á tocar sus últimos resultados. En las conciencias, la duda; en los Estados, la guerra que produce la relajación del principio de autoridad; ante la Iglesia Católica, la herejía; ante los poderes políticos, la insubordinación y la anarquía; ante la familia, la propiedad y la moral, el socialismo más absurdo, la más desenfrenada ambición y codicia de goces materiales. ¿Cuál será el término de este laborioso período que hace cerca de un siglo atraviesa la humanidad? ¿De dónde vendrán la luz, el orden, la tranquilidad y la paz, tanto en la sociedad como en las conciencias? Para los que de la Fe cristiana estamos animados no cabe ni aun ásomo de duda; el nuevo Académico nos lo ha dicho: el árbol de la Religión no envejece y la filosofía cristiana sacará de este caos, de la conflagración presente, toda la grandeza de la verdad, y obtendrá los honores del triunfo en la fraternidad del género humano, que es el ideal. Para los que no abriguen en sus pechos el ardor de la Fe y pregunten en su escepticismo: «¿Cómo se realizará este ideal?», les responderemos con el autor de los *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, que no será para ellos autoridad recusable ni sospechosa: «El conflicto actual es un inmenso problema, cuya resolución es el secreto de Dios.»

HE DICHO.

PRÓLOGO

DEL LIBRO INTITULADO «MIL TRESCIENTAS COMPARACIONES POPULARES ANDALUZAS,» RECOGIDAS DE LA TRADICIÓN ORAL, CONCORDADAS CON LAS DE ALGUNOS PAISES ROMÁNICOS Y ANOTADAS. (1).

Humilde obrero de la literatura popular andaluza, desde mi juventud dediqué una buena parte de mi tiempo á allegar materiales para su estudio. Allí donde el Pueblo canta sus alegrías y sus pesares, ó narra sus interesantes tradiciones y sus sabrosos cuentos; allí donde muestra su saber por medio de los refranes, acertadamente llamados *evangelios chicos*, ó sus heredados errores por medio de agüeros, oraciones supersticiosas y fórmulas mágicas; allí donde dice lo que de suyo se le ocurre, con su inimitable originalidad, con sus candorosos eufemismos, y su noble franqueza, y sus equívocos maliciosos, y sus características hipérboles, y su gracia peculiar, y su fonética especialísima, allí he solido estar yo, de veintisiete años á esta parte, anotando y estudiando, cuan despacio pude, las desdeñadas, pero admirables producciones del ingenio vulgar. Á este cuidado (que nunca tuve por inútil del todo, siquiera fuese á la larga, para la cultura general española) debiéronse, entre otras obras y obrecillas mías, un estudio intitulado *Juan del Pueblo* (1882), los *Cantos populares españoles* (1882-83), colección que contiene cerca de nueve mil coplas, y *Los refranes del Almanaque* (1896), y se deberá, si Dios me da salud y descanso y me depara un editor tal cualejo, la refundición de la segunda de las obras mencionadas, que constará de hasta quince mil cantares, y el *Refranero general español*, que no ha de contener menos de veinte mil refranes, ya acumulados hoy, aunque pendientes, en parte, de clasificación, y, en todo, de concordancias y comentos.

Entre esos estudios, más ó menos propiamente llamados

(1) Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1899.

folk-lóricos, hay uno que preparé y dí á los moldes hace quince años, con el título de *Quinientas comparaciones populares andaluzas* (1), imitando el ejemplo de ORESTE MARCOALDI (2) y A. MIR (3), que habían recogido en Italia y Francia, respectivamente, algunas producciones de este linaje (4). Apenas publicada mi obrita, ANTONIO THOMAZ PIRES, docto escritor portugués, recogió y dió á la estampa, en el periódico intitulado *O Elvense* (5), *Cuatrocentas comparaçoes populares alemtejanas* (6).

En estos quince años, como por aluvión, sin proponérmelo especialmente (que estos libros se hacen ellos solos), se ha ido aumentando mi colección antigua; y por esto y por ser conocida apenas, pues de ella no se imprimieron más que cien copias, he pensado en refundir el librillo y en echarlo á los cuatro vientos de la publicidad, *á salga lo que salgare,* que decía el otro.

Creo, y así lo indiqué en la primera edición, que la tarea de formar estas colecciones no es tan fútil como imagina el vulgo literario, porque en ellas se contienen multitud de elementos que importa conocer al gramático, al filólogo, al etnólogo, al mitógrafo, al *folk-lorista,* en general. Con todo eso, aunque yo estuviese equivocado, todavía, como andaluz y como hijo del Pueblo, no habría de arrepentirme de mi empresa: porque estas comparaciones—estas nonadas de comparaciones populares, si el lector gusta de llamarlas así, que yo no he de irle á la contra,—tienen para mí singular atractivo: son *de mi tierra* y me huelen á mastranto y romero, á orégano y tomillo, que es como olerme á gloria; y me recuerdan mi niñez, mis alegrías juveniles, mis primeras penas de adolescente. Bien que nada de esto importa al lector..., ni me importa que no le importe.

Pero ¿es que estoy yo equivocado al pensar que sean interesantes estas humildes producciones del Pueblo?... Pues digo

(1) Osuna, 1884.—58 págs. en 8.º

(2) *Guida e statistica della cittá e comune di Fabriano.* Fabriano, 1877, t. III, págs. 232-35.

(3) *Glossaire des comparaisons populaires du narbonnais et du carcassez,* en la *Revue des langues romanes,* ts. VII y VIII (Montpellier, 1882).

(4) Y de GIUSTI, que mucho antes que MARCOALDI publicó en sus *Proverbi toscani* (Florencia, 1853) hasta dos centenas de comparaciones populares de aquel país. No he podido hacerme con el libro de GIUSTI.

(5) Por abril y mayo de 1884.

(6) Con las del *Apéndice* son seiscientas.

que, si lo estuviere, equivócome en tan buena compañía, que no deploraré mi error. En 8 de mayo de 1884 me escribía desde Lisboa el sabio DR. TEÓFILO BRAGA, acusándome el recibo de un ejemplar de la primera edición de este opúsculo: «Las compara»ciones tienen el valor de rudimentos espontáneos de los mitos: »son la forma natural y primaria de la mitificación.» Y más tarde, en su excelente obra intitulada *O Povo Portuguez nos seus costumes crenças e tradiçoes* (1), después de recordar con VICO que los tropos no son una ingeniosa invención de los escritores, sino formas necesarias de que las naciones se valen en su edad poética para expresar sus pensamientos, y después de estudiar, con el sabio autor de la *Sciencia Nova*, el más brillante de los tropos, la *metáfora*, que es siempre el resumen de una fábula, y la *metonimia*, que nace de la incapacidad de separar de la substancia los accidentes y la forma, habla de la *sinécdoque* en estos términos:

«De la tercera categoría de los tropos dice VICO:—La *sinéc»doque* fué empleada después, á medida que el hombre se elevó »de las particularidades á las generalidades y que se resumie»ron las partes para componer sus todos.—Tal es la forma de la »tendencia sintética que el pueblo manifiesta en sus expresio»nes, y de sus modos de decir absolutos. Con la ingenuidad po»pular es también compatible la comprensión de los contras»tes, por lo cual VICO considera la *ironía* como un tropo .. En su »expresión (en la de la sinécdoque) el pueblo usa la forma de »*comparaciones*, unas veces por *diferencia*, como en las fábulas, »otras por *analogía*, como en los cuentos, y otras por *plausibili»dad*, como en las parábolas y ejemplos, elaborando así los te»mas fundamentales de las literaturas; usa, empero, en el habla »corriente la comparación espontánea de *mayor*, de *menor* y de »*igual*, como elementos naturales de la ecuación del raciocinio. »— En la idealización poética estas relaciones comparativas »tienen cierto desenvolvimiento literario, al cual se llama *imá»genes;* sin estas relaciones imprevistas y esencialmente pinto»rescas, la expresión poética perdería su carácter de universali»dad y quedaría reducida á una exposición lógica, ya por el la-

(1) Lisboa, 1886, t. II, págs. 336 y siguientes.

»conismo de la sentencia, ya por la difusión dialéctica. La imá-»gen, en su forma más sencilla, es un epíteto; en su más amplio »desarrollo, conviértese en un mito filosófico.»

Juzgue el lector por estas palabras si desde el punto de vista etnológico son cosa despreciable é indigna de estudio las comparaciones que usa nuestro Pueblo. Por de pronto, su concordancia, en muchos casos, con las que se emplean en Portugal, Francia é Italia, patentizan, como dice Teófilo Braga, la unidad étnica occidental.

Nuestro pueblo, para comparar, emplea comúnmente la forma *más que*, en lugar de la de *como*, corriente en Italia y Francia con preferencia á aquélla. Esto bien se explica por la extremada afición de los andaluces, y aun de todos los españoles, á la hipérbole: no nos satisface comparar sino exagerando lo que en frase de las escuelas podríamos llamar término *á quo*. Bien que quien lo hereda no lo hurta, y lo hemos recibido de abolengo muy rancio. Los hebreos formaban su comparativo, entre otras maneras, mediante el positivo y la partícula *min* (elípsis de *yóther min=excelente de, ó más que*), adjunta al término de la comparación, diciendo, verbigracia: *Jakám min ajica, Sabio más que tu hermano.* Análogamente los árabes, que añadían al positivo, cuándo la palabra *aktsar*, cuándo alguno de los adjetivos *akbar* y *ah'cen.* Entre los griegos decíase muy frecuentemente para comparar *mallon he=más que*; y por lo que hace á los latinos, tanto solían exagerar el sujeto de la comparación, que, teniendo su comparativo peculiar en las desinencias *or* y *us* añadidas al caso en *i* del positivo (*altius*, más alto, *doctior*, más docto), para comparar igualando necesitaban recurrir á los adverbios llamados *de semejanza*, tales como *quasi, tanquam, sicut, velut,* etc. (1.)

---

(1) Los poetas del siglo de Augusto solían repetir con delicia las comparaciones hiperbólicas Así, por ejemplo, Ovidio en el libro XIII de las *Metamórfosis*, hablando por boca de Polifemo:

Candidior nivei folio Galatea, ligustri,
Floridior pratis, lingua procerior alno,
Splendidior vitro, tenero lascivior haedo...

Y así los latinistas del Renacimiento. En una *Salve* inserta en el libro intitulado *Laude Libro Primo. In Dămonis. Curare dulce lenimen.* (Vene-

He aludido á la afición de los españoles á la hipérbole, y en punto á comparaciones muy fácil sería demostrar mi dicho, citando textos de nuestros clásicos. Uno por todos. Madrileño era Quevedo, nuestro inimitable Juvenal, y esto no obstó para que dijese en uno de sus romances:

Más echada que un alano,
Más hojeada que un pleito,
Más arrimada que un barco,
Más raída que lo viejo,
Más tendida que una alfombra,
Más subida que los cerros,
Más flaca que olla de pobre,
Más desgarrada que el mesmo
Más, por todos estos *mases*,
Que en la pelada es lo menos.

En otro romance:

Más alcaides he tenido
Que el castillo de Milán,
Más guardas que monumento,
Más yerros que el Alcorán,
Más sentencias que el derecho,
Más causas que el no pagar,
Más autos que el día del Corpus,
Más registros que el misal.

Y el soneto escrito por vía de epitafio á una dueña:

Fué más larga que paga de tramposo,
Más gorda que mentira de indiano;
Más sucia que pastel en el verano;
Más necia y presumida que un dichoso...

En este librejo sólo he dado cabida á las más características formas de comparación, y no á otras menos cualificadas ó menos corrientes. Del hipócrita se dice: *Parese que nunca ha roto un plato*; del longevo, *Parese que ha comío carne e gruya*, etc. Estas frases son, en el fondo, comparaciones. Lo propio se puede afirmar de muchos modismos y de gran número de refranes, pues, en general, todos los alusivos á sujetos ú objetos determinados sirven al Pueblo de términos de comparación, anteponiéndoles el adverbio *como*. No ha sido mi propósito incluir-

---

cia, Octauianum Petrutium, M. D. viii.—Biblioteca Colombina):

O melle dulcior,
Auro splendidior,
Risu jocundior,
Amore carior,
Nive candidior,
Rosa fragantior,
Palma sublimior,
Saphiro pulchrior...

los en esta obrita, aunque haya puesto algunos: tendrán lugar más adecuado en el *Refranero.* Con todo, indicaré varios de los más usuales en tierras andaluzas, y nótese de paso la gracia que en ellos campea: *La mosa e la posá, mar comía, mar bebía y eshonrá; Los poyos e Marta, que pien pan y les dan agua; Pascuala y Pascuá, iar pá cuá; La bolá 'er cuerbo marino, gue se fué y nunca bino; Las pantorriyas del escarabajo, tan dergás po arriba como po abajo; El arcarabán, lerdo pá sí mesmo y sabio pá los demás* (1); *Er pae Palomares, que ganaba con nones y con pares* (2); *Er burro'er jarriero: tó er día acarreando aseite, y á la noche, á escuras; La nobia e Parás, sin nobio y aeresá; Er cura e Trebujena, que se murió e sentir penas ajenas; Er mar del milano: las alitas quebrás y er piquito sano; La fuente e la rana, que cuando yuebe mana; Er gaspacho 'er tío Sandobá: mucho cardo y poco pan; Los ajos 'er tio Biyalón, que nasieron pá abajo; La campana e la torre, que yama á misa y no la oye* (3); *Er tio e la samarra, que paese que se cae, y se agarra* (4): *Er perro e la Meca, que antes que le den se queja; La yesca e Triana, que arde cuando le da la gana.* Para ejemplos basta, y aun sobra.

Y ¿qué son, en rigor, sino comparaciones muchos de los innumerables adagios que comienzan con los adverbios *Más, Tan* ó *Tanto*, y todos los que empiezan con las palabras *Más vale.....?* Verbigracia: *Tan malo es pasarse como no llegar; Tanto pesa una libra de lana como una libra de oro: Más da el duro que el desnudo;*

---

(1) Corresponde al refrán que dice *Alcaraván zancudo, para otros consejo y para ti ninguno*, síntesis de una de la preciosas fábulas que componen el libro de *Calila e Dymna.* A juzgar por cierto cuentecillo de muchachos, los alcaravanes escarmentaron en cabeza de aquel á que se refiere la fábula. Dijo la zorra lanzándose sobre el que ya estimaba por presa suya:—*Alcaraván comí*; pero el alcaraván, hurtando el cuerpo y rompiendo á volar, respondió:—*A otro, que no á mí.*

(2) Concuerda con lo que, según otro refrán, decía el proverbial *pae Palomares*, que debía de tener razones y rejo para todo, como el león de la fábula de FEDRO: *Si son nones, pâ mí que tengo carsones; y si son pares, pâ er pae Palomares.*

(3) Lo mismo estotro refrán: *No entra en misa la campana, y á todos llama.*

(4) Una seguidilla popular hecha sobre la frase:

Er demonio es er tio
De la samarra:
Parece que se cae,
Pero se agarra.

Más manda la zorra en su rabo que el rey en su reinado; Más vale saber que haber, etc.

También noté al publicar la primera edición de esta obrilla que el Pueblo, para hallar los términos de sus comparaciones, acude con más frecuencia al mundo físico que al moral, porque en aquél las semejanzas están al alcance de los sentidos; pero que las contadas relaciones que halla en éste admiran por el sutil ingenio que revelan y por el tino con que han sido escogidas. Ejemplos: *Aprieta más qu'er gobierno; Más caro que la justisia; Más embustero qu'er debé; Más negro que una mala hora; Más belós qu'er pensamiento; Más claro que la berdá; Más pesao que una deuda; Corre más que una mala notisia.*

Aunque en libros que, como el presente, tienen algo de lexicográficos no hay por qué asustarse de ciertas libertades de la dicción, he suplido con puntos suspensivos después de la inicial, ó de las primeras letras, algunas palabras que el convencionalismo social ha hecho parecer groseras y sustituído por otras menos empecatadas. ¡Como si lo grosero estuviese en los vocablos, meras reuniones de inocentes signos, y no en la idea que se expresa por medio de ellos! Droz explica muy discretamente el fundamento de estos repulgos: «A mesure que les »mœurs d'un peuple se corrompent, ses paroles deviennent »chastes; c'est un dernier et stérile hommage qu'il rend á la »pudeur.»

Aún debo otra advertencia á mis lectores. Trabajos como el presente estudio adolecen de la pesadez propia de todo linaje de inventarios. Para evitar en lo posible este mal, he procurado amenizar la lectura por medio de notas que de vez en cuando tienen sus migajas de festivo. Lo propio haré en el *Ensayo de un Diccionario de andalucismos* que estoy preparando para la estampa. El lector dirá si he logrado, siquiera á medias, mi propósito, ó si, lo que no creo, he ido alguna vez más allá de donde debiera. Para este caso, pídole mil perdones: claro es que yo no me propuse desagradarle, sino todo lo contrario. Sálveme la buena intención.

Valga lo que valiere este humilde librejo en cuanto al desempeño de su asunto (que poco ha de valer siendo mío), en algo deberá de estimarse con tal que se le mire desde el punto

de vista filológico. Las comparaciones aquí reunidas son del pueblo andaluz; las escribí respetando su fonética (1); en ellas hay no pocas palabras que faltan en los léxicos y muchas que usamos los andaluces en acepciones distintas de las inventariadas hasta ahora. Á lo menos, ese poquillo de interés concederán los estudiosos á mi trabajo. No aspiro, en verdad, á más medrado premio.

Para terminar: Nunca creí que el sabio autor de la *Filosofía de la Elocuencia*, D. ANTONIO CAPMANY, tuviese razón sino en parte cuando dijo: «La mitad del idioma castellano está enterrado, pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces hace »muchos años que no salen á la luz pública.» Enterrado no; que, aunque no vive en los libros de hogaño, ni, por lo que toca á ciertas regiones, en los de antaño, vive lozano y brioso entre las gentes del pueblo y entre los campesinos, transmitido por herencia de generación en generación y conservado á través de los tiempos, como pingüe caudal de bienes vinculares. Y no ya los vocablos más hermosos, eficaces y puros perduran en el habla popular, sino lo que vale más todavía que ellos: los giros genialísimos de nuestra raza; las imágenes pintorescas; los gentiles modismos de oro acendrado, de que tiene el Pueblo, para gastar y derrochar, Californias y Potosíes; los antiguos refranes en donde, como por apuesta, se juntan y compiten la bizarrísima gracia de la expresión y la rica substancia del consejo; y aun estas florecillas de comparaciones no son poca parte á que la lengua de los Cervantes y los Solís luzca y resplandezca y sobresalga entre todas.

Cierto: el idioma de Castilla, á juzgar por lo que hablamos y escribimos casi todos los españoles parece un rico que se va

---

(1) Pensaba yo haber compuesto un tratadillo de fonética andaluza para publicarlo á continuación de este prólogo; pero tareas tan apremiantes como iliterarias no me han dejado vagar para ello. Otra vez será, si alguien no me releva antes de ese trabajo. Entretanto, el lector curioso puede ver el discreto aunque lacónico estudio que MACHADO Y ALVAREZ publicó en la *Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias*, de Sevilla (tomo II, pág. 37), el interesante opúsculo intitulado *Die Cantes Flamencos*, del DR. HUGO SCHUCHARDT, catedrático en la universidad de Graz (Austria), y unos ligeros apuntes sobre fonética que dí á la estampa en la revista hispalense *La Enciclopedia*, año IV, núm. 23, correspondiente al día 15 de diciembre de 1880.

arruinando á todo correr. ¿Eslo? Si lo fuere, todavía no es tarde para que rehaga su hacienda. Visite sus posesiones; administre sus bienes; que en alquerías y cortijos, en casas de aldea y chozas de pastores anda desperdigado, pero no perdido, lo más de su caudal. Recójalo, que aún es tiempo; recójalo pronto, antes que los vientos de generalización que soplan de todas partes arrebaten lo que queda; antes que pase el ferrocarril junto á los más apartados rincones de las montañas, llevándose el pan candeal de nuestros mayores y dejando en trueque levaduras extranjeras; antes que el telégrafo, ese invento admirable, acabe de reducir á tres (nombres, verbos y adverbios) las antiguas partes de la oración; antes que los organillos mecánicos y las copletas del teatro cómico-lírico hagan olvidar de todo en todo nuestra música y nuestras coplas populares, síntesis de la inmensa riqueza afectiva de una raza que parece estar á punto de extinguirse. Y si, por desdicha, fuere inevitable la pérdida del único tesoro que nos queda, de la gentil habla castellana, la más hermosa del mundo, por la cual aún dominamos en la mitad de él, conservemos siquiera el inventario de lo que poseímos. Así el hidalgo pobre busca y halla en la lectura de sus viejas ejecutorias dulces aunque tristes recuerdos, á la par que estímulo generoso para mantener inmaculada la honra de sus progenitores.

Francisco Rodríguez Marín.

Sevilla, 8 de abril de 1899.

MICER FRANCISCO IMPERIAL

SIGLO XIV

(APUNTES BIO-BIBLIOGRÁFICOS)

I

Ni las profundas investigaciones de los críticos ni los continuos trabajos de eruditos y bibliófilos de mayor ó menor autoridad han conseguido hasta ahora desvanecer por completo las sombras que envuelven la vida de la mayor parte de los poetas y escritores anteriores á la décimasexta centuria.

Vagas tradiciones, tal cual dato suelto, tal cual noticia de difícil interpretación, y algunas fechas no siempre de exactitud indudable, componen, por lo general, las biografías de aquellos autores acerca de los cuales hoy desearíamos saber hasta los más insignificantes detalles, pues si excita nuestra curiosidad el conocimiento de los que á generaciones inmediatas á la presente pertenecen, ¿qué no ha de interesarnos cuando se trata de hombres que en una edad guerrera por excelencia, en una sociedad ruda y ante un pueblo cuya cultura estaba en la infancia, se dedicaron, contra la corriente de su tiempo, ya á pulsar la lira, ya á narrar los hechos de que eran testigos, ó ya, en fin, á investigar en el pasado, procurando el adelantamiento en su presente?...

Obras y no pocas se conservan de poetas y escritores de los siglos XIII, XIV y XV, que son fuentes de continuos estudios; y acometerían empresa nobilísima y patriótica en alto grado los que, reuniendo los necesarios conocimientos y maduros estudios que para el caso se requieren, se dedicaran en cada región de España á coleccionar independientemente, sus cantores, sus cro-

nistas, sus antiguos hombres de letras, reuniendo las noticias dispersas que existen de ellos, ampliándolas, á ser posible, con otras nuevas sacadas de archivos municipales y particulares de la localidad, reproduciendo, con exacta fidelidad y libres de todo yerro, los trabajos que nos dejaron y tratando de cada uno, en fin, con más extensión que lo hicieron hombres tan ilustrados como don Tomás Antonio Sánchez, Sismondi, Ticknor, Puibusque, Gayangos, Pidal, Amador de los Ríos, Janer, Fernández Espino, Revilla y otros cuya autoridad es bien reconocida.

De grandísimo valor son los dos volúmenes de la *Biblioteca de Autores Españoles* (1) (tomos 51 y 57), en los que se reunieron prosistas y poetas anteriores al siglo XV, y no lo son menos los que lleva publicados el señor Menéndez y Pelayo en su *Antología de poetas líricos* (2), obra monumental no concluída; pero la forma y plan del trabajo que, á mi entender, debía llevarse á cabo ó intentarse al menos, es distinta de las citadas, y creo que cada cual, siendo amante de las letras patrias, en la medida de sus fuerzas debiera contribuir á esta obra general con lo que buenamente pudiera, dado que la tendencia de los estudios serios de crítica é historia en nuestros días es reunir el mayor número posible de materiales, expurgados de todo error y presentados en forma artística, muy diferente, por cierto, del modelo que en pasadas épocas solía seguirse.

Con esto apuntado podré tal vez disculparme á los ojos de algunos, al poner manos en trabajos de tal índole é intentar la empresa de trazar unos apuntes biográficos del más antiguo poeta de la escuela sevillana de quien se tiene exacta noticia: del que antes que ningún otro dió á conocer en España la poesía dantesca y del que consiguió tener un número considerable

(1) *Biblioteca de Autores Españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días.*—"*Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, recogidos é ilustrados por D. Pascual Gayangos, &." Madrid. Rivadeneyra, &. 1860.—*Poetas castellanos anteriores al siglo XV*, Colección hecha por don Tomás Antonio Sánchez, continuada por el Excmo. Sr. D. Pedro José Pidal y considerablemente aumentada é ilustrada, á la vista de los códices y manuscritos antiguos, por D. Florencio Janer. Madrid, Rivadeneyra, 1864.

(2) Biblioteca clásica.—*Antología de Poetas líricos castellanos desde la formación del idioma hasta nuestros días*, ordenada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, & Madrid: Librería de la Vda. de Hernando y C.ª & &. 1890-1894. Siete tomos en 8.°

de discípulos é imitadores, de los cuales han llegado hasta nosotros Páez de Rivera, Manuel de Lando, Martínez Medina, Valencia y algunos más á quienes también creo que debe consagrarse atención preferente, y procurar esclarecer las sombras que envuelven su vida.

Micer Francisco Imperial aparece en el pórtico de la literatura sevillana dando á conocer á sus contemporáneos bellezas hasta entonces desconocidas; en él da comienzo la influencia de Italia, que tanto duró en el parnaso castellano, y en él, si no un genio de primera fuerza, encuéntranse tantas novedades, tantos rasgos de verdadero artista, tantos conocimientos no vulgares en su época, que su figura se hace simpática en extremo, destacándose de los versificadores de su tiempo y de los inmediatos á él de una manera harto palpable.

Véanse, pues, ahora las memorias que acerca de la vida de este escritor han quedado y el justo valor de las producciones que de su ingenio peregrino han logrado salvarse á través de los siglos y llegar hasta nuestros días.

II

Escribe don Gonzalo Argote de Molina, en su *Nobleza del Andalucía*, al tratar de la *de Génova y de las veintiocho familias de ella*, que el apellido Imperial traía por armas «...escudo de plata, una barra de oro con perfiles negros y en ella un águila negra imperial, con corona negra y lengua roja.» (1) Miembro de esta antigua familia fué el poeta Micer Francisco, que vino al mundo en la citada ciudad de Génova (tan importante entonces por su comercio y riqueza), hacia el año 1350, según puede consignarse por las más aproximadas conjeturas.

Conocida la buena posición de sus padres y la importancia de algunos individuos de su familia, en la que, al decir de Amador de los Ríos, «había residido más de una vez la primera dignidad de la república genovesa,» es fácil suponer que la educa-

(1) *Nobleza del Andalucía* etc., etc. Con privilegio. En Sevilla, por Fernando Diaz.—Año 1588.—*De la nobleza de Génova y de las veintiocho familias de ella.*—Capítulo CXXI.—Libro segundo, página 240.

ción que Imperial recibió en su infancia fué esmerada, y que se aplicó desde adolescente á provechosos estudios, como lo demostró luego en sus obras. Constan sus conocimientos de los clásicos griegos y latinos, y, según un crítico, hablaba ya el francés y el inglés desde muy joven.

Era el padre de nuestro poeta rico mercader de joyas, y en compañía de su hijo, por causas que se ignoran, trasladóse de Génova á Sevilla, durante el reinado de D. Pedro I, y hay que suponer que la llegada á Andalucía de Jaime Imperial con su hijo, fué antes de 1362, pues en el testamento del monarca *Justiciero*, hecho en el citado año (era 1400) se encuentra este dato: «...el otro alhayte es el que compró Martín Yañez por mi mandado aquí en Sevilla, que trajo de Granada Jaime Imperial.» (1)

Dado que el joyero genovés recorriera con su comercio algunos puntos de España, puede tenerse por aproximada la fecha de 1360 como del establecimiento de Imperial en el suelo andaluz, que iba á ser su segunda patria.

Debía de contar por entonces unos catorce años, y el aspecto de Sevilla, que hacía algo más de medio siglo habían abandonado los almohades—de los que tantos recuerdos se conservaban—sus costumbres públicas, sus tipos característicos, la grandeza que desplegaban algunas de sus casas principales, la riqueza y prosperidad que á ella había traído la residencia del rey don Pedro y su corte, y las dulzuras del clima, muy semejante al del país que para siempre había abandonado, debieron influir con fuerza poderosa en la imaginación ardiente y juvenil de Micer Francisco, inspirándole, sin duda, las primeras de sus composiciones poco más tarde.

Su despejado talento y buena disposición hiciéronle pronto adaptarse á la lengua de Castilla, que no sólo hablaba, sino que la escribía con singular facilidad, y en la cual acertó á expresar felizmente muchas imágenes que traía de la suya nativa.

Hánse perdido las primeras composiciones de Imperial, pero es más de lamentar aún que hayan desaparecido otras de

---

(1) *Testamento del Rey D. Pedro de Castilla.*—Crónica de Pero López de Ayala, etc. Madrid: Sancha etc. 1779—Páginas 558 á 570.

más importancia que aquéllas, sin duda escritas por el autor en toda la madurez de su ingenio y en las cuales podría estudiarse su fisonomía de una manera completa, como no podemos hacerlo hoy.

Muerto el padre del poeta, éste debió de tomar carta de naturaleza en esta ciudad, teniendo en ella casas propias, pues á la cabeza de algunas de sus poesías llámasele «estante e morador en Sevilla.»

La colonia genovesa que aquí residía entonces era numerosa, y de alta nobleza muchas familias á ella pertenecientes. como puede verse por los apellidos que menciona el ya citado Argote de Molina, entre los que se encuentran los de Salvago, Castaño, Marín y Spínola, y en el cual se ocupa el autor de que trato, diciendo: «en tiempo del rey don Enrique el tercero, vivía en Sevilla Micer Francisco Imperial, poeta de los famosos de aquel tiempo.»

Relacionado éste con las personas señaladas por su posición social y sus talentos, en contacto con ellas y con el reducido círculo de trovadores y amantes de la gaya ciencia que en la ciudad del Guadalquivir permanecían apartados de las luchas sangrientas del reino y de las guerras crueles de los amigos y enemigos del rey don Pedro y de su bastardo hermano, comenzó Imperial á dar á conocer las inmortales creaciones de su genio favorito, Dante Alighieri, y lograron resonancia los versos originales que salieron de su pluma. pues por la delicadeza y facilidad de muchos de ellos eran escuchados con gran deleite en las moradas de los magnates y reproducidos con frecuencia por copiantes y amanuenses.

Estas sus poesías diéronle entre todos el mejor concepto, tributándole grandes elogios sus coetános y los de tiempos siguientes, como se aprecia por las palabras del marqués de Santillana escritas en el siglo XV y que han citado no pocas veces los críticos: «Micer Francisco Imperial, al qual yo no llamaría decidor, ó trovador, mas poeta, como sea cierto que si alguno en estas partes del Ocaso meresció premio de aquesta triunfal é láurea guirlanda, loando á todos los otros, éste fué.» (1)

(1) Y añade: Fiço al nascimiento del rey, nuestro señor, aquel decir

Hay noticias de que Imperial recorrió algunos puntos de Castilla durante el reinado de D. Juan I, teniendo por aquellos años y en sus viajes ocasión de entablar amistad con poetas como Álvarez de Villasandino, Páez de Rivera (que, aunque sevillano, se encontraba hacía tiempo alejado de Andalucía) y con otros hombres de letras de su tiempo, con quienes sostuvo más de una vez cuestiones puramente literarias, pues apenas iniciada, ya rechazaban muchos la influencia italiana que Micer Francisco quería introducir en nuestra poesía.

Faltan en absoluto hasta ahora datos de la existencia de nuestro autor, durante los últimos años del siglo XIV: créese, sin embargo, con algún fundamento, que estuvo muy cerca de la corte de D. Enrique el *Doliente* (1390-1406) y que recibió algunas mercedes de este monarca. Larra, siguiendo la opinión general, lo cita como unido por gran amistad á los principales personajes que rodeaban al rey, en su novela histórica *El Doncel* (capítulo IX).

En 1403 regresó á España la embajada que el monarca había enviado á los príncipes de Oriente, trayendo con otros ricos obsequios, dos bellísimas mujeres regalo de Timur-Lenk (*El gran Tamorlan*), que, según el historiador Lafuente, «eran de la casa de los reyes de Hungría, las cuales casaron después con los embajadores y fueron tronco de dos ilustres familias de Castilla.» (1)

Una de estas damas tomó el nombre de doña Angelina de Grecia y el poeta sevillano, gran admirador del sexo bello, según lo había mostrado en muchos de su *desires*, compuso en su elogio una bellísima poesía que obtuvo gran boga cuando fué conocida en la corte y que Argote de Molina publicó en el prólogo á la *Historia del gran Tamerlán de Ruy González de Clavijo*. (2)

---

famoso:

En dos setecientos e más dos e tres,
e muy muchas otras cosas graciosas é loables.„ —*Proemio ó carta que el marqués de Santillana envió al condestable de Portugal con las obras suyas.*—D. Tomás Antonio Sanchez.—Poetas anteriores al siglo XV.—Tomo I página XXXXVIII.

(1) Lafuente.—*Historia General de España* &.—Capítulo XXIV, Enrique III el Doliente.—Ruidosa embajada del gran Tamerlán.

(2) Dice así Argote de Molina:

La musa de Imperial cantó no pocas veces el amor y las hermosuras de su tiempo con armoniosas notas. Galante y enamorado mostróse en los versos á aquella «famosa mujer de Sevilla, que llamó Estrella Diana» y que parece hizo nacer en él una verdadera pasión, por los tonos y lenguaje que emplea cuando de ella trata; ingenioso y caballeresco apareció en sus estrofas á Isabel González, «manceba del conde D. Juan Alfonso» y verdaderamente acertado anduvo al elogiar á la *dueña* que, según el encabezamiento de su composición, «era muy fermosa muger é era muy sabia et bien razonada é sabía de todos los lenguajes.»

En 1405 la lira de Imperial resonaba en honor del nacimiento del hijo segundo de D. Enrique, el príncipe D. Juan, que vino al mundo en Toro á 6 de mayo del citado año y fué jurado en Valladolid dos meses después.

Poco antes, en los mismos comienzo de la décima quinta centuria, es probable que escribiera su obra más importante: el *Dezir... á las siete virtudes*, alegórica composición, en la que más que en ninguna otra de las suyas influyó la lectura de la *Divina Comedia* de Dante, como lo han demostrado los críticos de más autoridad.

Las poesías de Imperial en alabanza é loores del infante don Fernando de Aragón y las dirigidas al maestro fray Alfonso de la Monja «de la orden de San Pablo de Sevilla», no es fácil precisar en qué año fueran escritas, para sacar de ellas algun nuevo dato que ilustrara estos apuntes biográficos; D. Fernando de Aragón comenzó á gobernar en 1412 y falleció en 1416 y puesto que en el título de la composición dióle Baena el nombre de

"...Entre los otros dones que el Tamerlán Mahomad Alcagi envió con Payo Gómez de Sotomayor y Hernán Sanchez Palazuelos, en presente al rey D. Enrique, fueron dos damas hermosas ganadas del despojo de la batalla del Turco, que en Castilla se llamaron doña Angelina de Grecia y doña María Gomez.

Fué doña Angelina una de las más hermosas damas de aquel siglo y por tal la celebran los autores de él entre los cuales Micer Francisco Imperial, caballero genovés que residía en Sevilla, le hizo unas canciones....."

—*Historia del gran Tamerlán é itinerario y narración del viaje y relación de la embajada que Ruiz González de Clavijo le hizo por mandado del muy poderoso señor Rey D. Enrique tercero de Castilla y un breve discurso fecho por Gonzalo Argote de Molina para mayor enteligencia del libro.*—Segunda Impresión &..... En Madrid: En la imprenta de D. Antonio de Sanchez.—Año de M.DCCLXXII &. &.

rey, sólo puede sacarse en claro que en estos cinco años la escribió el autor, que ya sería de edad avanzada.

Según lo que se tiene por más cierto, Micer Francisco Imperial debió de morir después de cumplidos los sesenta y tantos años, hacia 1417 próximamente, habiendo más de una sospecha de que su muerte ocurrió en Sevilla, ciudad que tanto amaba y de la que había hecho su segunda patria.

Tales son las noticias dispersas que, por datos ó conjeturas, se pueden reunir del primer poeta conocido de la escuela sevillana; pocas son, en verdad, como así lo reconozco, pero no estando otras más á mi alcance, pasaré á decir algo de las principales poesías de Imperial y de los méritos que le ha reconocido la crítica.

III

La revolución que en el mundo literario produjeron los inmortales versos de Dante Alighieri ha sido analizada con el detenimiento necesario; y como para exponer en semejante asunto algo nuevo es necesario una sagacidad, una solidez de estudios y una competencia de que carezco, no repetiré, cambiando palabras, la manera con que comenzaran á propagarse de unos en otros las novedades del amador de Beatriz, que dieron origen á la formación del *arte dantesco.*

Bien sabido es á qué se debieron las relaciones de España con los poetas de Italia, y cómo estas relaciones lograron sostenerse y estrecharse durante larguísimo tiempo.

Si nuestra patria, dedicada á continuas guerras con los hijos de Mahoma, divididos sus hombres por terribles odios de familia é irreconciliables banderías, ensangrentados sus campos y sus pueblos por crueles luchas, cuya ferocidad apenas se concibe hoy; en gran desorden todos los elementos de su vida y en lamentable abandono sus bases de riqueza y prosperidad, si en tal estado hubo ilustres varones, que por momentos se dedicaron al pacífico cultivo de las letras y procuraron, aun dentro de reducido círculo, mantener vivo el amor á las eternas bellezas del arte, fácil es hacerse cargo de que cuando podero-

sas causas políticas, energías de unos y bondades de otros, fueron poniendo alguna tregua á pasadas agitaciones, el movimiento intelectual, debió de adquirir marcado impulso, como lo vemos en los reinados de D. Juan I el de Aragón y el de Castilla y de 1390 á 1464 durante los días de D. Enrique III y don Juan II.

Notablemente influyó entonces la cultura italiana en nuestra península, y en tan bien dispuesto terreno se comprende que pronto encontrarían eco las producciones de aquellos tres genios, glorias las más altas de su país y objeto de la admiración de todos: Dante, Petrarca y Bocaccio.

El primero de ellos, cuya trágica musa á tan alto se remontó en el inmortal *Infierno*, debió á Micer Francisco Imperial su introducción en España.

«Aquí trajo—dice Puibusque—el movimiento del Dante y algunas tradiciones italianas.» Y esto que tanto dice en favor del poeta genovés-español, sería ya timbre de gloria aunque no se hubiese conquistado otros con sus trabajos originales, que los hizo y no pocos, por más que se diga de él que en la más extensa de sus producciones no fué otra cosa que un cercano imitador de la *Divina Comedia.*

No trataré de ella largamente, pues mal podría hacerlo cuando estas líneas sólo llevan el título de apuntes, y cuando autoridades críticas como Amador de los Ríos (1) y Menéndez y Pelayo, entre otros, la han analizado con el detenimiento que merece y con la autoridad de que estaban revestidos.

Apuntaré, pues, únicamente que, aunque en el *Dezir de las siete virtudes* se muestre Imperial «no sólo discípulo del amante de Beatriz, sino imitador y traductor suyo en muchos pasajes, como dijo Revilla (2), es esta obra no sólo el primer poema ale-

(1) Amador de los Ríos.—*Literatura General Española.*

(2) "...No se conservan todas las poesías escritas por Imperial con el intento de cultivar la forma alegórica, pero en su *Dezir á las syete Virtudes*, que es la más importante, no sólo se declara discípulo del amante de Beatriz, sino que imita palmariamente la *Divina Comedia* introduciendo versos que son una traducción casi literal del *Paraiso* del Dante, cuya inmortal obra le sirve de pauta é imitando con insistencia su forma alegórica, si bien en la metrificación se ve precisado á emplear los versos de *arte mayor* y de arte real, propios de la literatura castellana, lo

górico de gusto italiano que tenemos en lengua castellana, sino el mejor ó de los mejores que se hicieron hasta fines del siglo XV, en que apareció el *Retablo de Cristo* y los *Doce triunfos de los doce Apóstoles*, del sevillano Juan de Padilla, más conocido por el nombre de *el Cartujano*.

Con elogio cité anteriormente las poesías amorosas de Imperial y ahora he de detenerme en ellas breves momentos, pues contienen, á la verdad, mucho bueno para ser apreciadas.

Tal ocurre, por ejemplo, con la primera de las dos que dedicó á la hermosa *Estrella Diana* (Ns. 231 y 234 del *Cancionero* de Baena), y que es, sin disputa, de las más lindas.

Hay en ella tanta delicadeza, versos tan bien construídos y bellezas tantas, en fin, que me será permitido reproducirla, en la seguridad de agradar al lector. Dice así:

Non fue por çierto mi carrera vana,
passando la puente de Guadalquivir,
atan buen encuentro que yo vi venir
rribera del rio, en medio Triana,
a la muy famosa Estrella Diana,
qual sale por Mayo al alva del dia,
por los santos passos de la romeria:
muchos loores aya santa Ana.

E por galardon demostrar me quiso
la muy delicada flor de jasmin,
rossa novela de Oliente jardin,
e de verde prado gentil flor de lyso.
El su graçioso é onesto rysso
ssemblante amorosso é viso ssuave,
propio me parece al que dixo: *Ave*,
quando enbiado fue del paraysso.

Callen poetas é callen abtores,
Omero, Oraçio, Vergilio é Dante,
é con ellos calle Ovidio *D'amante*
é quantos escripvieron loando señores,
que tal es aqueste entre las mejores
commo el luçero entre las estrellas,
llama muy clara á par de centellas,
é commo la rrossa entre las flores.

---

cual es debido principalmente á que el mérito del poeta no era bastante á imponer por completo la innovación por él comenzada." Manuel de la Revilla.—*Lecciones generales de literatura española*, &.—Tomo 2.º Lección XVIII, páginas 111 y 112.

Non se desdeñe la muy delicada
enfregymio griega, de las griegas flor.
nin de las troyanas la noble señor.
por ser aquesta atanto loada;
que en tierra llana é non muy labrada
nasçe á las veces muy oliente rrosa,
assy es aquesta gentil é fermosa,
que tan alto meresce de ser conprada.

Igual delicadeza mostró Imperial en sus *dezires* á otra hermosa dama de su tiempo, Isabel González, *manceba del conde don Juan Alfonso* (1) á quien conoció y trató, y la cual encontrándose recogida en el monasterio de San Clemente de Sevilla, «le avia enbiad' á rrogar la fuese á ver... é el non ossava yr por razon que era muy arreada é graciosa mujer.»

Breve es también como la anteriormente copiada esta poesía, y también en ella se encuentra al artista que sabe expresarse con una delicadeza y un buen gusto, que no eran ciertamente comunes á los versificadores de su tiempo, en los que á cada paso se encuentran naturales rudezas, que destruyen mucho el efecto de sus composiciones.

Dice, por ejemplo, Imperial á la gallarda Isabel González:

Enbiastes mandar que vos ver quisiesse
dueña loçana onesta é garrida,

(1) Del Don Juan Alfonso de quien parece fué manceba la hermosa Isabel González, dice lo siguiente D. Justino Matute en sus hijos de Sevilla:

—*Don Juan (Alfonso) de Guzmán.*—primer conde de Niebla, nació en Sevilla en 20 de Diciembre de 1342, hijo de D. Juan Alonso de Guzmán y de D.ª Urraca Osorio, y nieto del famoso D. Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, y de D.ª María Alonso Coronel, su mujer, fundadores ambos de la esclarecida casa de Medina-Sidonia. Su lealtad y servicios, en que imitó á sus mayores, le granjearon la gracia de los Reyes D. Enrique II, D. Juan I y D. Enrique III, quienes le premiaron con ricos heredamientos, que por su testamento, otorgado en su lugar de Bollullos del Condado, ante el Escribano público Alfonso Velasco en 3 de Octubre de 1396, dejó con sus demás Estados á su hijo primogénito D. Enrique, habido con su segunda mujer D.ª Beatriz Ponce ó de Castilla, la cual viuda se retiró al monasterio de San Clemente de esta Ciudad, en el que profesó y acabó virtuosamente en el año de 1409, como refiere el Analisto Zúñiga en el año citado de 1396, en que murió el conde, habiéndole conducido con gran pompa, cual correspondía á su autoridad, á su convento de San Isidro del Campo, donde yace con sus padres en honroso sepulcro...“ (*Hijos de Sevilla* señalados en santidad, letras, armas, artes ó dignidad, &. Sevilla. En la oficina de *El Orden*. Tomo II, páginas 15 y 20.)

por mi fe vos juro que lo yo fisiesse
tan de talante commo amo la vida;
mas temo sseñora, que la mi yda
sserie grant cadena para me ligar
é desque vos viese é oyesse fablar,
despues non seria en mi la partida.
Pero bien me plaze; ssy me enbiades
firmado é sellado el vestro seguro,
que en carçel de amor non me pongades.
nin me aprisionedes en su alto muro,
é que en el se contenta prometo é juro
á dios de amor de vos non ferir,
é sy vos firiere, de vos bien guarir
con obras de amor é corazon puro.

Aquel *dezir* á una hermosa «muy sabia e bien rrazonada que sabía de todos lenguajes e fablaban él e ella en sus amores» que encontró nuestro autor á orillas del Guadalquivir cierto dia, es otro de los más lindos que en el género amatorio produjo su pluma, teniendo además la curiosidad de encontrarse en él detalles por los que pueden sacarse los no vulgares conocimientos de Imperial y algo de las costumbres sevillanas de su época.

En él tiene trozos como el siguiente:

Por Guadalquivir arribando
vy andar en la ribera
con un gavilan caçando
una donsella señera:
Luego conosçí que era
de muy estraña partida
segvn venia vestida
en senblante é en manera

Concluirá. MANUEL CHAVES.

Imp. del Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Monsalves, 17.

ANUNCIOS

Disponible

Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Se publica una vez al mes, en cuadernos que constituyen anualmente un tomo.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

SEVILLA.	1 peseta	al mes.
PROVINCIAS.	3'75 »	trimestre
AMÉRICA.	15 »	año.
EXTRANJERO.	14 »	»

CONDICIONES DE LA SUBSCRIPCIÓN

1.ª El pago será adelantado, debiendo efectuarse en metálico, abonarés ó letras de fácil cobro.

2.ª Las reclamaciones de números extraviados sólo podrán atenderse si se hacen en un plazo que no exceda de dos meses después de la publicación de los mismos.

3.ª El Centro general de suscripción queda establecido en la librería de D. Fernando Fé. Madrid, Carrera de San Jerónimo; y en Sevilla, en la casa editorial.

4.ª Los anuncios serán revisados por la Academia y publicados después de su aprobación. El precio será de 0,25 de peseta línea é inserción.

EDITOR: D. Manuel Aznar. Monsalves 17. Sevilla.